

“ELLOS SON LOS COMPAÑEROS DEL CONICET”: EL VÍNCULO CON ORGANIZACIONES SOCIALES COMO DESAFÍO ETNOGRÁFICO¹

Dra. María Inés Fernández Álvarez
CONICET – SEANSO, ICA, FFyL, UBA.
mifernandezalvarez@gmail.com

Dr. Sebastián Carenzo
CONICET – SEANSO, ICA, FFyL, UBA.
sebastian.carenzo@gmail.com

RESUMEN

En 2004 tomamos contacto con un grupo de ex-referentes de la Federación de Tierra y Vivienda (FTV) que impulsaban la conformación de la cooperativa “Reciclando Sueños” ubicada en el barrio de San Alberto en La Matanza. Nuestro vínculo con la cooperativa se organizó a partir de la implementación de un proyecto de “investigación-acción” que desarrollaba talleres participativos de reflexión colectiva. Con el correr de los años este vínculo se fue transformando al incorporar trazas y orientaciones derivadas de nuestra formación antropológica al trabajo que desarrollábamos en y con la cooperativa. En este artículo reconstruimos la práctica del taller analizando, primero, cómo fue cambiando la manera de pensar(nos) en este espacio para, luego, detenernos en el abordaje de dos niveles de construcción en la búsqueda de un enfoque de investigación en co-labor puesto a prueba en esta experiencia.

Palabras clave: organizaciones sociales, etnografía, investigación colaborativa, compromiso.

¹ Este artículo presenta resultados de los proyectos UBACYT 20020090200253, 20020110200064 y PIP-CONICET 11220090100488 radicados en el Instituto de Ciencias Antropológicas, FFyL (UBA). Agradecemos la atenta lectura de las/os evaluadoras/es anónimas/os cuyos comentarios contribuyeron a profundizar la versión original. Fecha de realización: junio 2012. Fecha de aceptación: junio 2012.

ABSTRACT

In 2004, we met an ex-leaders group from the Federación de Tierra y Vivienda (FTV) who were promoting the creation of the “Reciclando Sueños” cooperative, located in San Albertos’s neighborhood in La Matanza district. Our relation with this cooperative started together with the initiation of an “action-research” project that included the development of participative workshops. Over the last years, this relationship has been gradually transformed by adding plans and directions, derived from our anthropological knowledge, to the work we were developing in and with this cooperative. In this article, we rebuilt the practice developed in the workshop by analyzing how the way of conceptualize our work have been transformed along this processes. We also focus on the application of two construction levels in order to look for a collaborative research strategy assayed during the experience.

Keywords: social organizations, ethnography, colaborative research, engagement.

INTRODUCCIÓN

En 2004 tomamos contacto con un grupo de ex-referentes de la Federación de Tierra y Vivienda (FTV) que impulsaban la conformación de la cooperativa “Reciclando Sueños”. Este colectivo se orientaba a la recuperación y reciclado de residuos sólidos urbanos en La Matanza², nucleando a varones y mujeres con trayectorias laborales y asociativas dispares. En aquel momento se encontraban formulando un programa de separación domiciliaria y recolección diferenciada a implementar en un barrio cercano, para el cual gestionaban recursos con agencias estatales y ONGs (nacionales y extranjeras). Aunque el programa (puesto en marcha hacia fines de 2006) evidenció frecuentes interrupciones y re-comienzos asociados a problemas logísticos y financieros, resultó clave para sostener un proceso de demanda por el reconocimiento de su actividad como “servicio público”. Esta categoría, desde la que las/os integrantes de la cooperativa definían su principal demanda, apuntaba a equiparar su labor con la desarrollada por las empresas privadas que tienen a su cargo la recolección y transporte de residuos domiciliarios hasta su disposición final (rellenos sanitarios de la CEAMSE) y, de este modo, a habilitar su contratación a través del sistema de licitaciones implementado desde la Dirección de Obras Públicas del Municipio. Este reclamo, que ha trascendido el marco de esta experiencia,

² El Municipio de La Matanza constituye uno de los distritos más pobres y densamente poblados del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), con una extensión de 325.71 km y una población de 1.772.130 según los datos disponibles (INDEC 2010). Por otro lado, en base a una encuesta realizada por el Municipio, en 2004 el 18,6% de los hogares y el 28,7% de las personas presentaban Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI).

ermanece vigente en la actualidad al ser recuperado como eje de reivindicación por organizaciones cartoneras, asociaciones ambientalistas y sindicales, no solo a nivel local sino también regional (Cfr. Red Latinoamericana de Recicladores 2008).

En un primer momento nuestro vínculo con la cooperativa se organizó a partir de la implementación de un proyecto de 'investigación-acción' en el cual, recuperando aportes de la educación popular, desarrollamos talleres participativos destinados a dinamizar instancias de objetivación colectiva de su práctica cotidiana, promoviendo su contextualización sociopolítica³. Desde nuestra perspectiva, el hecho de integrar el equipo que tenía a su cargo la implementación de un proyecto de estas características resultaba un importante desafío. Básicamente, la mayoría de nosotras/os carecíamos del mínimo entrenamiento en el tipo de dinámicas que el formato taller involucraba, para lo cual tuvimos que entrenarnos previamente con un equipo de educadores populares que contaba con amplia experiencia en el trabajo con organizaciones sociales. Sin embargo, a medida que avanzábamos en su implementación, esta labor nos fue generando tanto entusiasmo que para muchas/os de nosotras/os terminó transformándose en una ocupación prioritaria, aún cuando esto implicara tensionar las rutinas de investigación que desarrollábamos en otros campos, involucrando incluso temáticas muy disímiles (por ejemplo, en términos de la asignación del tiempo que dedicábamos a los talleres en la cooperativa respecto del conjunto de nuestras actividades como investigadores). Tanto es así que, una vez finalizado, tomamos la decisión (como equipo) de mantener la dinámica de trabajo que habíamos desarrollado con las organizaciones, afrontando etapas durante las cuales contábamos con financiamiento específico para esta actividad y otras en las que no, y, no obstante, dando continuidad a una labor que hemos mantenido hasta la fecha.

Desde una mirada retrospectiva, y más allá de la intensidad y compromiso con la que vivenciamos esta experiencia, no podemos dejar de señalar que nuestra práctica en aquel entonces estuvo también impregnada de un cierto sentido de exterioridad respecto de los procesos organizativos y políticos que se trabajaban semanalmente en los talleres. Esto obedeció, en parte, al riguroso celo con el cual observábamos una de las principales advertencias que nos habían sido formuladas durante nuestra breve pero intensa capacitación: nuestro rol como equipo era promover las condiciones necesarias para facilitar el desarrollo de un proceso de reflexión crítica sobre la dinámica de trabajo grupal por parte del colectivo, basado en el (auto)análisis de sus prácticas en el marco de la labor cotidiana realizada en la cooperativa. Esto implicó que

³ Este proyecto, de un año de duración, fue desarrollado por un equipo interdisciplinario de investigadoras/es y becarias/os del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y la Agencia Nacional de (ANPCyT) en forma paralela a los proyectos de tesis que cada uno de nosotras/os realizaba en forma personal. El proyecto se inició hacia fines de 2004, en el marco del Centro de Estudios Laborales-Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo (CEIL-PIETTE), con un financiamiento del Programa North-South del National Center of Competence in Research (Suiza), y su objetivo general consistía en promover la creación de redes entre emprendimientos autogestivos, entre los cuales se incluía "Reciclando Sueños". Por "objetivación colectiva" nos referimos al desarrollo de un ejercicio sistemático de reflexión sobre las prácticas cotidianas, con el objetivo de abordar en forma grupal aquellas dinámicas y relaciones que aparecen naturalizadas en el ejercicio rutinario de sus labores.

nuestra tarea en aquel entonces se circunscribiera exclusivamente al espacio del taller, en tanto suponíamos que era la única garantía que teníamos respecto de no obturar, reemplazar, ni desviar este proceso como resultado de nuestra intervención, por más bien intencionada que fuera⁴. En tal sentido no sería desacertado señalar que, en aquel primer año de talleres con “Reciclando Sueños”, nuestro foco estuvo casi exclusivamente centrado en el plano metodológico de las actividades que organizaban el trabajo en este espacio (rigurosidad en la planificación, técnicas de registro, etc.) más que en el potencial de esta dinámica para desarrollar aportes teóricos y conceptuales.

Con el correr de los años este sentido de exterioridad se fue desdibujando hasta hacer evidente que, tanto en forma como en contenido, el vínculo que nos ligaba en un inicio a esta cooperativa se había transformado radicalmente. Por una parte, la finalización del proyecto de investigación-acción que nos nucleaba en torno a objetivos muy concretos y ligados a “brindar apoyo” a las organizaciones⁵, nos permitió abrir esta experiencia en un sentido más creativo y, al mismo tiempo, mejor arraigado en las prácticas que nos definían como actores activos del campo académico. Así, progresivamente iniciamos estudios que, siguiendo los cánones “tradicionales” de la investigación etnográfica, incorporaban los talleres de reflexión colectiva como espacios de registro y elaboración de datos, pero también de construcción de problemas de investigación antropológica. En tal sentido, al desafío asumido respecto de evitar la deriva de los talleres hacia el formato ‘capacitación’ (energizando su potencial para intercambiar saberes, debatir y promover la reflexión crítica), sumamos un segundo reto al proponernos articular las problematizaciones que organizaban nuestras investigaciones (sobre las que nos detendremos más adelante) con las demandas específicas derivadas de la práctica cotidiana del colectivo (como, por ejemplo, el establecimiento de un “reglamento de trabajo”). Por otra parte, dueños de un talento y una pericia encomiables para lidiar con los vínculos interpersonales, los dirigentes⁶ de la cooperativa lograron involucrarnos crecientemente en la gestión cotidiana de este colectivo. De este modo, fuimos asumiendo tareas que desbordaban los límites de nuestro rol como talleristas, formulando *proyectos* a ser financiados por organismos públicos y/o ONGs, presentando rendiciones de fondos asignados, propiciando

⁴ Esto no debe confundirse con una idea de objetividad de cuño positivista, puesto que obviamente éramos plenamente conscientes de que, al planificar (jerarquizando temas y dinámicas para trabajarlos) y coordinar los talleres (donde nuestra voz adquiriría un peso diferencial), incidíamos fuertemente en el desarrollo del proceso reflexivo. Nos interesa destacar que este efecto quedaba principalmente circunscripto a los límites que imponía el ámbito del taller, uno de los tantos otros espacios que jalonaban la vida social de la cooperativa.

⁵ Podemos aproximarnos al sentido que por aquel entonces asignábamos a “brindar apoyo”, revisando la orientación de los objetivos propuestos en este proyecto inicial, donde abundaban formulaciones tales como: “detectar necesidades del grupo”, “generar espacios de coordinación entre experiencias”, “organizar actividades de formación” y/o “elaborar propuestas de acción para instancias de gobierno”.

⁶ Con este término queremos diferenciar el rol que tenían Marcelo y Alberto, dos de sus integrantes-fundadores, en quienes recaía la tarea de construir, mantener y actualizar la relación del conjunto heterogéneo de actores que entraban en vinculación con la cooperativa (funcionarios y técnicos estatales y de ONGs, académicos, y representantes de otras cooperativas de cartoneros). En tal sentido, buena parte de los debates políticos, así como las propuestas para establecer acuerdos sobre temas “calientes” (participación en programas municipales, sanciones y reglamentos, etc.) eran frecuentemente introducidos, directa o indirectamente, por estas personas, más allá de los temas y dinámicas que habíamos planificado especialmente para tal o cual taller.

contribuciones provenientes de empresas privadas, asistiendo a reuniones en calidad de representantes del colectivo y, finalmente, acercando apoyos gratuitos de profesionales amigas/os. Al mismo tiempo, esto facilitó nuestra participación en espacios y situaciones donde nuestra presencia, en calidad de investigadoras/es (externas/os), podría haber sido impugnada por alguno/os de sus participantes, como, por ejemplo, en reuniones signadas por tensas negociaciones con funcionarias/os públicos y encuentros con dirigentes de otras cooperativas donde se jugaban definiciones y lealtades políticas.

La reflexión que proponemos en este artículo focaliza en este punto del *recorrido*, donde la frontera entre "hacer" y "pensar" (Greenwood 2000; Graeber 2009) se nos fue haciendo insostenible, provocando un estado que alternaba sentido compromiso, profunda desorientación y desbordante entusiasmo. Ciertamente nuestra práctica no podría definirse en términos "paternalistas" (Solano y Speed 2008), ni tampoco encuadrarse estrictamente en la lógica de las propuestas de "investigación activista" (Hale 2002, 2006; Speed 2006), "etnografía militante" (Casas Cortéz 2008; Juris 2008; Edelman 2009) o "colabor" (Lassiter 2005; Solano y Speed 2008; Fild 2008)⁷, en tanto inicialmente los talleres transcurrían por carriles paralelos a nuestras investigaciones y estas pesquisas no estaban orientadas estrictamente en función de las demandas formuladas por los integrantes de la cooperativa. Sin embargo, el vínculo que establecimos con este colectivo fue tomando la forma de un intercambio recíproco de perspectivas y responsabilidades al que todas/os aportábamos y del que todas/os nos "beneficiábamos" con objetivos diferentes que, por ahora y de modo reduccionista, podemos sintetizar en "académicos" y "políticos". Así, frente a funcionarias/os, técnicas/os y dirigentes, éramos presentadas/os como los/as "compañeras/os del CONICET", integrantes del "equipo técnico de la cooperativa", un atributo que los dirigentes de "Reciclando Sueños" hacían redituable en términos políticos, especialmente a la hora de contabilizar apoyos y dotar de legitimidad a las iniciativas impulsadas desde la cooperativa frente a funcionarias/os y profesionales del área gubernamental y no gubernamental que miraban el problema de la gestión de los residuos como una cuestión básicamente "técnica" antes que "socio-ambiental". Al mismo tiempo, como evidenciaremos en este artículo, el espacio de la cooperativa y, por extensión, el denso entramado de actores urdido en torno a ella, dejaba de ser el espacio donde solo "hacíamos talleres" para transformarse además en uno de los principales campos donde energizar nuestros problemas de investigación (Peirano 2004).

⁷ Estas propuestas cobraron fuerza principalmente en el ámbito de la academia norteamericana en los últimos

años (Juris 2008; Casas Cortéz 2008). Sin embargo, cabe señalar que la preocupación en torno a este modo de practicar etnografía y el lugar otorgado a los saberes "no académicos" reconoce antecedentes de importancia. Entre ellos se destaca la labor de Sol Tax de la Escuela de Chicago, que en la década del 40 desarrolló un método de "etnografía participativa" introduciendo la noción de "antropología-acción", experiencia señera para el posterior desarrollo de la "antropología aplicada" en Norteamérica (Bennet 1996; Weaver 2002). En América Latina esta reflexión tuvo un desarrollo notable a partir de la década del 70 con la influencia de la Educación Popular de Paulo Freire quien, aportando un claro sentido emancipatorio a esta práctica, dio lugar a la "Investigación-Acción Participativa" (Fals Borda 1987, y Rahman y Fals Borda 1989). Es principalmente esta última perspectiva aquella que ha sido actualmente revisitada desde las propuestas de "investigación activista" en "etnografía colaborativa" y otras a las que hacemos referencia en este artículo (Jimeno 2005; Hale 2006; Rappoport 2007, 2008; Leyva Solano y Speed 2008).

Para profundizar este ejercicio de reflexión retrospectiva, exploramos los resultados de esta experiencia (enfocando especialmente en el espacio del taller), a la luz de la noción de “co-teorización” en el sentido propuesto por la antropóloga J. Rappaport (2007, 2008). Un aspecto sumamente interesante de su planteo reside en desplazar el eje del debate sobre la autoridad etnográfica, que la antropología posmoderna había ubicado en el espacio de la etnografía como escritura, para proponer una reconceptualización de la experiencia vincular del trabajo de campo como un espacio de creación teórico. En la misma dirección, autores como Ch. Hale (2006) han señalado la necesidad de trascender la crítica cultural cuyo compromiso pasa por la producción académica (el texto producido es en definitiva el espacio desde el que se asume y expresa el compromiso⁸), proponiendo alternativas, como la “investigación activista”, que, desde su óptica, implican un “compromiso dual”: a la vez con esta producción y con las personas u organizaciones en lucha sobre/con las que trabajamos. Esta perspectiva supone la afirmación de un posicionamiento político explícito con quienes hacemos etnografía, admitiendo desde allí un diálogo conjunto que recorre las diferentes fases del proceso de investigación. Desde nuestra perspectiva, estos planteos remiten a oportunos señalamientos que nos recuerdan una de las características distintivas de la antropología. Esto es, el desarrollo de un modo de conocimiento basado en la experiencia social compartida en el campo (Balbi 2007) asumiendo que esta experiencia no sucede solo entre individuos empíricos (el investigador y sus interlocutores, como parecía suponer la coautoría dialógica posmoderna), sino teóricamente, en la investigación etnográfica, a través del diálogo entre “teorías de los antropólogos/os” y “teorías nativas” (Peirano 2004). En este sentido, podríamos pensar que la idea de una colaboración teórica constituiría un elemento intrínseco a la práctica etnográfica. Sin embargo, la “investigación colaborativa” o “activista” tiene la especificidad de ubicar la colaboración como principio que organiza la investigación (Lassiter 2005), donde el campo pasa a ser un espacio dinámico de creación conceptual conjunta, más que un ámbito de recolección y/o construcción de datos. Con este objetivo, en este artículo reconstruimos la práctica del taller analizando cómo fue cambiando la manera de pensar(nos) en este espacio para detenernos en el abordaje de dos niveles de construcción en la búsqueda de un enfoque de investigación en colabor puesto a prueba en esta experiencia.

PRIMERA PARTE: LA “INVESTIGACIÓN-ACCIÓN” COMO PUNTO DE PARTIDA

En noviembre de 2006 la cooperativa lanzó el “Programa Reciclando Basura, Recuperamos Trabajo”, una iniciativa destinada a promover la separación domiciliar y recolección diferenciada de residuos no orgánicos en

⁸ Para desarrollar este planteo el autor retoma algunas referencias centrales de esta producción, en particular el trabajo de Marcus para quien “la fuerza política inherente de la crítica cultural como forma de escritura etnográfica y construcción conceptual despeja las bases teóricas, desnaturaliza las instituciones e ideas y ayuda a pensar a través de las posibilidades y estrategias que subordinan a los actores” produciendo “conocimiento emancipatorio” (Hale 2006:102, nuestra traducción).

un barrio de sectores medios dentro del mismo municipio⁹. A través de esta experiencia piloto la cooperativa intentaba autoabastecerse de los materiales reciclables que comercializaban luego de ser procesados¹⁰. En su primera etapa el programa abarcó unas 100 manzanas donde se haría cargo de las actividades de recolección en la vía pública a partir de recorridos "casa por casa", tarea que hasta ese entonces estaba sólo reservada a las empresas privadas de recolección contratadas por el municipio. Esta propuesta formaba parte del proceso de construcción de demandas que la cooperativa impulsaba, a través del cual reclamaban el reconocimiento de la recolección diferenciada como un "servicio público". Desde esta perspectiva el programa implementaba *en los hechos* lo planteado en el texto de la Ley provincial 13.592/06 respecto de la incorporación del reciclado como proceso prioritario en los sistemas vigentes de gestión de residuos. Sin embargo, desde la mirada de buena parte de los funcionarios municipales y representantes de las organizaciones intermedias de Aldo Bonzi, la implementación del programa implicaba en la práctica que una cooperativa, integrada por personas que habitaban barrios considerados "peligrosos y marginales", irrumpiera en una localidad de "sectores medios" buscando deliberadamente la interacción con sus vecinos/as.

El arduo proceso previo a la implementación del programa requirió de nuestra parte una colaboración destacada, al principio como parte de nuestras actividades en el marco del proyecto de "investigación-acción" y luego, más allá de él. No sólo nos encargamos de aspectos operativos, tales como la redacción de formularios y el diseño de carpetas de presentación del proyecto, sino que también colaboramos en la búsqueda de fondos para su implementación, viabilizando por nuestro intermedio un subsidio no reembolsable otorgado por la Fundación Avina destinado a financiar las "actividades de sensibilización y difusión" en el barrio en forma previa al lanzamiento de la recolección diferenciada. También coordinamos estas tareas que básicamente consistieron en abordar tensiones en el vínculo "cartoneros/as-vecinos/as". Los resultados de una investigación cualitativa expeditiva que desarrollamos entre la población de Aldo Bonzi, en forma previa al lanzamiento del programa, identificaba que el potencial obstáculo en su implementación estaba dado por el temor a la "inseguridad", un tema que, en el discurso mediático dominante, aparecía ligado a actos de delincuencia protagonizados por habitantes de barrios periféricos, pobres y marginales. Para ello coordinamos reuniones de presentación del programa y la cooperativa con diferentes organizaciones barriales (Delegación Municipal, Asociación de Fomento, Rotary Club, Cooperadoras de escuelas públicas de nivel primario y secundario, etc.), donde además de especificar las características que tendría la iniciativa, propiciábamos instancias de explicitación de supuestos, temores y deseos que habíamos recuperado previamente en nuestro trabajo de entrevistas con habitantes del barrio, empleando técnicas de trabajo en grupos sobre ejes propuestos por nosotras/os, tales como "inseguridad", "situación ambiental", "gestión de la basura en los hogares". etc. Al mismo tiempo en los

⁹ Analizamos la compleja trama de relaciones con funcionarios municipales, provinciales y representantes de ONGs asociada a la implementación de este programa en un trabajo reciente (Carenzo y Fernández Álvarez 2011).

¹⁰ Para un análisis del proceso de trabajo ver Sorroche (2010).

talleres con la cooperativa, trabajábamos sobre los temores y anhelos que sus integrantes manifestaban respecto al establecimiento de un futuro vínculo sistemático con las/os vecinos/as del barrio. Finalmente colaboramos en la redacción de volantes donde se explicaba qué tipo de material era pasible de ser reciclado, la manera en que estos debían separarse para poder ser recuperados, acompañados de un diagrama y cronograma de los recorridos que realizaría la cooperativa. Todos estos esfuerzos estaban orientados a inscribir la práctica de la cooperativa en un registro “profesional” que pudiera atenuar el peso de los estigmas sociales que pesaban, por defecto, sobre sus integrantes por el sólo hecho de ser “cartoneros/as” y habitantes de “barrios marginales”¹¹.

En paralelo a estas actividades de apoyo, el fuerte de nuestro trabajo estuvo orientado a acompañar la puesta en marcha del programa a través de los talleres, donde se definían aspectos claves de su implementación tales como metodología y frecuencia de los recorridos, modos de presentación de los “recolectores” frente a los vecinos, explicación de los objetivos sociales y ambientales que lo fundamentaban, entre otros. La categoría “taller” fue inicialmente propuesta por nosotras/os para designar el espacio de trabajo conjunto, organizado a partir del proyecto de investigación-acción, siendo rápidamente incorporada al léxico cotidiano de la cooperativa para referirse al espacio privilegiado de toma de decisiones, procesamiento de tensiones y definición de reglas colectivas. Los talleres tenían una duración de dos horas y comenzaban 60 minutos antes de la finalización de la jornada laboral (8 am-17 pm). Por lo tanto, ocupaba también una hora del “tiempo personal” de sus integrantes. Esta característica coadyuvó para que esta práctica sea significada como parte del proceso de trabajo, en el mismo sentido que lo era la realización de los recorridos para aprovisionarse de materiales, su posterior clasificación o procesamiento. De este modo, se jerarquizaba la reflexión crítica sobre las prácticas cotidianas desplegadas como parte de la rutina laboral de la semana. Esta característica resultaba para nosotras/os muy significativa, en tanto marcaba la diferencia que tenían estos talleres respecto del formato tradicional de capacitación. Más específicamente, del tipo de prácticas convencionalmente desarrolladas desde espacios universitarios, donde un grupo de profesionales “expertos” organiza encuentros de carácter pedagógico bajo el formato de curso curricular (clases organizadas en torno a un programa), a partir del cual se desarrollan contenidos sobre temáticas predefinidas (por ejemplo, dinámicas organizativas, contabilidad y finanzas, valores cooperativos, etc.) que complementan los saberes ya existentes.

Aunque la dinámica de trabajo fue variando con el tiempo, a grandes rasgos tenían el siguiente formato. En términos de distribución del espacio las/los integrantes de la cooperativa y alguna/o de nosotras/os nos sentábamos en una suerte de círculo abierto en cuyo extremo se ubicaba un atril con afiches de colores que utilizábamos para ir registrando las cuestiones que considerábamos más relevantes entre aquellas que aparecían en la discusión (más adelante

¹¹ En otro lugar, Carenzo y Fernández Alvarez (2011) y Carenzo (2011) profundizamos sobre los desplazamientos y resignificaciones evidenciadas a nivel de las representaciones sociales de los cartoneros a las que dio lugar esta experiencia, no sólo entre los habitantes de Aldo Bonzi sino también en relación con los funcionarios y profesionales con los que interactuaban.

presentamos y analizamos algunos fragmentos de estas interacciones). La primera parte del taller estaba destinada a trabajar las novedades y los problemas de la semana, como preocupaciones ante la reiterada inasistencia de algún/a *compañero/a* o la alegría de haber conseguido que un/a nuevo/a vecino/a se sumara a la recolección diferenciada. La duración de esta actividad fue variable. Inicialmente se destinaban entre 15 y 40 minutos, aunque en ocasiones llegaba a ocupar la totalidad de las discusiones en el taller, que finalizaba por transformarse en un espacio asambleario. El tiempo restante estaba destinado a trabajar en torno a una temática específica, que a veces era formulada por nosotras/os recuperando lo discutido en los talleres previos (por ejemplo, las implicancias respecto de avanzar -o no- en la "formalización" de la cooperativa), o bien, era propuesta por sus dirigentes, generalmente a raíz de sucesos ocurridos entre semana (por ejemplo, cuando debía establecerse un *acuerdo* acerca de la distribución del dinero). En todos los casos, la planificación previa incorporaba objetivos, dinámicas de trabajo y ejes de discusión. La temática podía desarrollarse en un solo taller o bien, como era en la mayoría de los casos, prolongarse en varias semanas. Para eso, una/o de nosotras/os presentaba brevemente el tema que íbamos a discutir e introducía la metodología para desarrollarlo. En líneas generales, organizábamos el trabajo en grupos de discusión, pasando luego a una puesta en común dinamizada por nosotras/os. Los talleres eran grabados y desgrabados, y así, conformaban un material que servía como insumo para la planificación del siguiente, imprimiendo una dinámica flexible, atenta al surgimiento e incorporación de nuevos temas o bien alertando sobre la necesidad de volver sobre cuestiones no resueltas antes de proseguir con la planificación inicial. Del mismo modo asignábamos un lugar destacado al registro etnográfico, en tanto una/o de nosotras/os se encargaba de coordinar el taller y otra/o se dedicaba a elaborar esos registros, para luego transcribirlos en un archivo y circularlos entre todo el equipo.

Participar en los talleres era para nosotras/os una actividad sumamente exigente. En primer lugar, más allá de la dinámica cuidadosamente planificada, lo que podía suceder en las dos horas que duraban era completamente imprevisible (incluyendo, en oportunidades, su realización misma). De esta manera, muchas veces se hacía necesario improvisar ejes o formas de abordar problemas sobre la marcha y mantener un delicado equilibrio cuando la bifurcación de los temas previstos estaba dada por el desarrollo de un conflicto personal o grupal (en ocasiones, potencial) que podía poner en cuestión la continuidad de la experiencia. En estos casos, se trataba generalmente de problemas desarrollados en forma previa a la realización del taller que se originaban mayoritariamente por cuestionamientos (explícitos y/o implícitos) respecto al desempeño laboral de algún integrante. Esto implicó, por ejemplo, dejar de lado detalladas y cuidadosas planificaciones para dar lugar a pedidos de reincorporación de integrantes que se habían alejado temporalmente. En segundo lugar, participar de este espacio era un modo de realizar trabajo de campo que nos obligaba a exponer nuestros puntos de vista en forma permanente. Lejos de ser observadores/as pasivos/as, la expresión de aquello que pensábamos era algo sumamente apreciado, siendo frecuentemente confrontados/as con nuestras concepciones y valoraciones sobre temas vinculados a la definición del trabajo colectivo que requerían un

manejo delicado, tales como ser un “buen compañero” o “un buen trabajador”.

En este punto, una de nuestras principales preocupaciones radicaba en los *límites* que debía tener nuestra presencia. En términos concretos, más allá de la manera en que lo conceptualizáramos y las prácticas que en este sentido podíamos llevar adelante, nuestra palabra respondía a un saber definido socialmente como jerárquico (el saber académico) que tenía, inevitablemente, un peso significativo respecto de las discusiones desarrolladas, las decisiones tomadas y, en consecuencia, la definición de las reglas de trabajo. Cabe mencionar que, salvo los dirigentes, en su mayoría quienes participaban de este espacio no contaban con experiencias asociativas o de trabajo colectivo previas, y el acto mismo de tomar la palabra resultaba para muchos/as una situación sumamente desafiante y tensa. En este sentido, nuestras acciones buscaban favorecer este ejercicio del habla mediante la planificación de actividades y dinámicas grupales específicamente orientadas a este fin¹².

Desde nuestra perspectiva metodológica, la palabra, la expresión de las preocupaciones e ideas personales, contribuía, por una parte, a intensificar la vivencia del taller como experiencia y, al mismo tiempo, resultaba un ejercicio de puesta en común de los errores, los problemas, los desacuerdos, las tensiones. A nuestro entender, una de las cuestiones que favoreció el desarrollo de la dinámica del taller fue una suerte de intimidad lograda no por el conocimiento necesariamente profundo entre quienes participábamos, sino por el modo de establecer el diálogo. Nuestra práctica estaba orientada a promover las condiciones necesarias para la reflexión y el intercambio, de allí que el taller era un lugar donde “respetando al compañero” todas/os podíamos (o, más precisamente, debíamos) decir lo que pensábamos, hasta llegar al punto de que un/a invitado/a ocasional rápidamente se podía sentir habilitado o convocado a volcar sus opiniones personales e incluso expresar cómo debía resolverse determinado problema¹³.

Hacia mediados del año 2007, el programa había alcanzado cierta estabilidad y reconocimiento, logrando sobrepasar los miedos y temores asociados inicialmente a su puesta en marcha. La cooperativa reciclaba el 13% del total de los residuos generados en la localidad lo cual daba cuenta del alto grado de involucramiento de “las/os vecinas/os” con la experiencia. Como consecuencia, a los pocos meses de su lanzamiento el programa alcanzó una importante repercusión pública. Fue nota en diferentes medios masivos como diarios nacionales o programas de televisión por cable y apareció como noticia del Municipio con la boleta de impuestos en el partido. La cooperativa fue reconocida como interlocutora de referencia por diferentes organismos públicos, como la Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la Nación o

¹² Esta práctica constituye, sin duda, una modalidad frecuente en espacios variados de militancia y organización colectiva. A modo de ejemplo, otros estudios (Espinosa 2010) han analizado el acto de hablar en el caso del “Espacio de Mujeres” del Frente Darío Santillán.

¹³ La centralidad que fue tomando el taller en estos primeros años se evidenciaba en el hecho de que sus dirigentes invitaban frecuentemente a personas con las cuales entraban en contacto (en general funcionarias/os, técnicas/os, periodistas, dirigentes e integrantes de otras cooperativas u organizaciones) a visitar “Reciclando Sueños” el día del taller, invitándolos a participar en el mismo. En general, nos enterábamos de esta situación el mismo día en que llegábamos para llevarlo adelante lo cual nos generaba no pocas incomodidades asociadas a una sensación de amenaza a esa particular vivencia de intimidad que señalamos anteriormente. Profundizar la reflexión en este sentido es una tarea pendiente.

el Organismo Provincial para el Desarrollo Sostenible de la Provincia de Buenos Aires, siendo convocada a encuentros donde se presentaban "experiencias modelo" a ser replicadas en otros ámbitos¹⁴. En estos casos se destacaba la potencialidad de la "experiencia piloto" como camino para llevar adelante una "gestión sostenible" de los residuos así como una política de generación de "trabajo genuino", donde las/os integrantes de "Reciclando Sueños" dejaban de ser meros "cartoneros" para convertirse en "recuperadores ambientales".

Para ese entonces la dinámica de trabajo que desarrollábamos en los talleres incorporaba significativas modificaciones, alejándose de la idea de investigación-acción que originalmente había orientado nuestras acciones. En este camino, algunas/os de nosotras/os reorientamos nuestras preguntas, hipótesis y líneas de investigación, incorporando temas y preocupaciones que, de manera recurrente, discutíamos en los talleres. Dos ejes de reflexión que dinamizaban nuestra práctica energizaron así el diseño de proyectos de investigación posteriormente acreditados por organismos públicos, como CONICET y UBA. Un primer eje refería al análisis del proceso de formación de esta cooperativa en función de interrogar el sentido de esta categoría en un diálogo crítico con la literatura sobre este campo. Esta literatura proponía una definición *a priori* de estas experiencias en base a una serie de prácticas/valores, como "solidaridad", "horizontalidad" o "autonomía", desde las que se diferenciaban al mismo tiempo de las lógicas mercantiles y estatales. Para nosotras/os, en cambio, la cooperativa debía pensarse en el mejor de los casos como un punto de llegada, una categoría de la práctica que debía entenderse como parte de un proceso político más amplio que definía formas de relacionamiento con organismos estatales y ONGs en el marco de un proceso de demanda y negociación por el reconocimiento de su actividad como "servicio público". Nuestra tarea en esta línea estuvo dirigida a analizar los dispositivos de intervención de estas organizaciones, como por ejemplo la exigencia de "sostenibilidad económica" o "formalización" del emprendimiento, atendiendo a la manera en que estos imperativos permeaban y tensionaban las prácticas cotidianas. Un segundo eje proponía el análisis de los circuitos de transferencias de objetos (inicialmente nominados como "residuos" o "basura") que ligaban a las/os integrantes de la cooperativa entre sí y, al mismo tiempo, con un heterogéneo conjunto de actores que incluían a las/os vecinos de Aldo Bonzi, revendedores y grandes acopiadores de materiales reciclables e, incluso, gerentes de grandes empresas que proponían organizar campañas para recolectar y donar envases reciclables. Respecto de este segundo eje, nuestra labor de investigación estuvo orientada a reconstruir y analizar las lógicas sociales que orientaban las prácticas económicas asociadas a la labor de la cooperativa, entendiendo que estas actividades articulan circulaciones materiales, simbólicas y morales que sostenían y transformaban los vínculos interpersonales en distintos contextos sociales y culturales. Esta reflexión

¹⁴ A modo ilustrativo, como parte de estas actividades la cooperativa fue convocada por la Secretaría de Ambiente de la Nación a participar de los festejos del Día del Ambiente en junio de 2007. Estos consistieron en la realización de muestras en plazas de distintos distritos de la Provincia de Buenos Aires en los que se presentaba la experiencia como un ejemplo de política a seguir en materia de residuos sólidos.

crítica en torno a la naturaleza de los objetos manipulados, así como de las condiciones sociales que habilitaban o interrumpían su circulación, permitió a su vez interrogar el conjunto de prácticas y disposiciones que configuran socialmente nuestra relación cotidiana con el sistema de gestión de residuos en la metrópolis (históricamente orientado hacia la invisibilización y ocultamiento) contribuyendo también, de este modo, en el proceso de construcción de demanda como *servidores públicos*.

Así, los ejes de reflexión desde los que trabajábamos en el taller y las líneas de indagación de nuestros proyectos de investigación se enriquecieron y redefinieron de manera recíproca en una dinámica que fue alejándose de la práctica de la investigación-acción para acercarse a una lógica que podría emparentarse con las propuestas de investigación colaborativa o activista. En particular, como intentamos desarrollar a continuación, el taller fue convirtiéndose en un espacio de co-teorización (Rappoport 2007) que vehiculizó la elaboración conjunta de categorías sociales que operaron para nosotros a la vez como categorías teóricas.

SEGUNDA PARTE: LA INVESTIGACIÓN EN COLABORACIÓN COMO DESAFÍO TEÓRICO

Uno de los principios de organización del taller que, con el tiempo, fue cobrando mayor significación estaba definido por el intento deliberado (de nuestra parte) por articular los objetivos que nos planteábamos en nuestros proyectos de investigación con temáticas y contenidos que se desprendían de las *demandas* formuladas por los/as integrantes de la cooperativa. La forma en la que operábamos era más o menos la siguiente. Estas demandas se jerarquizaban por consenso en el mismo transcurso del taller, a partir de lo cual elaborábamos una propuesta que presentábamos en el siguiente para que fuera aceptada, rechazada y/o reelaborada a partir del debate colectivo (en general sucedía esto último). Posteriormente se definían una serie de acuerdos (siempre revisables) donde se precisaba una agenda de temas a ser discutidos, analizados e investigados, así como una metodología de trabajo y pautas organizativas para el espacio del taller. Esta agenda podía incluir un variado rango de temas y problemas: cuestiones operativas que hacían a la dinámica del taller (como establecer un reglamento de convivencia en ese espacio); aspectos organizativos vinculados al proceso de trabajo (por ejemplo, optimizar el uso del espacio en los galpones); temáticas conceptuales derivadas de su experiencia (como el problema de la desocupación), así como otras de mayor nivel de abstracción (qué es una cooperativa o cómo entendemos el Estado). Una vez que el acuerdo quedaba establecido se desarrollaban los talleres propuestos.

De tal modo ciertos temas y preguntas de investigación fueron mixturándose de manera creciente y progresiva en esta dinámica de talleres organizados a partir de la demanda. Así, este proceso se alejaba de los carriles convencionales que suelen enmarcar la relación entre investigadoras/es y sus interlocutoras/es: no implicaba una intervención sistemática de nuestra parte en la definición de temas a ser tratados (lo cual hubiese resultado contradictorio con la importancia atribuída a sus demandas), ni tampoco se organizaba

exclusivamente a través de propuestas para el desarrollo de contenidos (lo cual hubiese asimilado este espacio a un formato de capacitación). El siguiente ejemplo nos permite profundizar en esta idea.

Una de las principales "demandas" expresadas por Marcelo, uno de los dirigentes, se relacionaba con las limitaciones que encontraba para lograr que "algunas/os compañeras/os hablaran en el taller", lo que consideraba un obstáculo significativo para definir y resolver problemas "entre todos", tales como generar mecanismos para distribuir y, sobre todo, asumir responsabilidades, evitando que estas recayeran sólo en unas pocas personas. Esta preocupación expresaba aquello que, a nuestro entender, resultaba una idea vectora de la práctica política en la cooperativa: constituir un *colectivo de trabajo real* antes que una *cooperativa en los papeles*, una idea que escuchábamos de modo reiterado en espacios tan diversos como reuniones con funcionarios públicos, presentaciones en paneles sobre organizaciones *cartoneras* y políticas de gestión de residuos, charlas informales o reuniones con representantes de otras organizaciones en los galpones y, por supuesto, durante los talleres. En la práctica esta demanda implicaba orientar nuestros esfuerzos hacia el fortalecimiento de una dinámica de trabajo colectivo antes que colaborar en su formalización.

El enfoque que fuimos construyendo al respecto podría caracterizarse (retrospectivamente) del siguiente modo: evitar asumir, de forma irreflexiva y naturalizada, la existencia de "Reciclando Sueños" como cooperativa. En todo caso se trataba de un proceso en construcción. Nuestra labor era entonces abrir esta construcción, identificando e incorporando en la reflexión colectiva los diferentes sentidos que podía adoptar para sus integrantes. A su vez este enfoque puede desagregarse en dos niveles, que por supuesto estaban profundamente imbricados en nuestra práctica cotidiana, sobre los que nos detendremos a continuación.

Primer nivel: la cooperativa como proceso de construcción de *acuerdos*

Un primer nivel corresponde a la dinámica de trabajo en los talleres, donde asumimos el compromiso de trabajar, como principio metodológico, "desde los quilombos", tal como categorizaba Marcelo¹⁵. Esto implicaba que las tensiones y conflictos, lejos de ocultarse, debían ser visibilizados, compartidos y trabajados en conjunto. En tal sentido, uno de los puntos que propusimos para el *acuerdo de trabajo*, relativo a las modalidades de intervención en el taller, explicitaba "no personalizar". Con esta idea buscábamos facilitar la exposición de los problemas o conflictos abstrayéndolos de las personas. Despersonalizarlos constituyó un rasgo central del enfoque, priorizando su abordaje como una tensión siempre contingente a las relaciones interpersonales al interior de una experiencia asociativa, en vez de pensarlos como problemas asociados a cualidades

¹⁵ Esta idea sintetizaba, al mismo tiempo, una modalidad particular de construcción de liderazgo, en la cual asumir responsabilidades colectivas constituía una manera de fortalecer el proceso organizativo, anticipando futuras tensiones o enfrentamientos, pudiendo ser neutralizados de cierta manera y, al mismo tiempo, abría un espacio para la formación política. Un desarrollo más amplio de esta reflexión puede encontrarse en Fernández Álvarez (2010).

personales (ser solidario o egoísta, aprovechador o generoso, etc.). De este modo, intentábamos evitar que el taller se transformara en una arena moral que tendía rápidamente a la polarización, anulando el debate y la reflexión crítica. Por el contrario, buscábamos evidenciar que un problema, error o conflicto, que, en determinado momento, estaba protagonizado por una persona en particular, el día de mañana podía estar involucrando a cualquier otra/o, incluso a aquellos/as que protestaban más vehementemente al respecto. Por lo tanto, la forma de ir resolviendo esos problemas era a través de la construcción de acuerdos sobre temas problemáticos. De esta forma, evitábamos trabajar desde una concepción reificada de cooperativa para reemplazarla por una perspectiva que priorizaba su tratamiento como categoría de la práctica.

El taller del 6 de septiembre de 2007 resulta significativo para ejemplificar este primer nivel de construcción del enfoque. En los talleres previos habíamos trabajado sobre algunos conflictos que enfrentaban a sus integrantes, y que estaban asociados a dos cuestiones: las ausencias reiteradas al trabajo y el escaso empeño que algunos integrantes ponían durante los recorridos. Este último caso había enfrentado duramente a dos trabajadores a raíz de un cambio en los itinerarios personales establecidos para los recorridos¹⁶. Circunstancialmente, Ernesto había tomado el itinerario que antes hacía Laureano, aportando como resultado “el doble de bolsones” que su *compañero*. Por esta razón, lo acusaba de visitar sólo a aquellos vecinos/as que ya lo conocían y no esforzarse por “ganar” a quienes aún no les entregaban el material¹⁷. Laureano, por su parte, señalaba que Ernesto traía más material porque “se metía” en los recorridos de otras/os, acusándolas/os de “robarle clientes”. Dedicamos buena parte de los talleres previos a trabajar sobre propuestas de sanción que otros compañeros lanzaban en perjuicio de Ernesto, Laureano o ambos, buscando, de este modo, *despersonalizar* el conflicto para evitar que se convirtiera en un juego de fuerzas y de demostración de alianzas internas y logrando, finalmente, que el tema de “la sanción” fuera dejado de lado para abrir una reflexión más profunda sobre la “responsabilidad que supone el trabajo asociativo”. Con este objetivo, para el taller del 6 de septiembre propusimos una dinámica basada en ficcionalizar una situación que debían resolver los asistentes al taller. Se trataba de decidir grupalmente la eventual incorporación de nuevos *socios*, para lo cual repartimos previamente una hoja donde caracterizamos el perfil personal de cada uno de los hipotéticos postulantes. En la siguiente transcripción del taller Pino repone uno de los cuatro perfiles elaborados para desarrollar esta dinámica:

¹⁶ Toda la organización logística y operativa del programa “Reciclando Basura, Recuperamos Trabajo” (entre ellas, el cronograma, la frecuencia y la extensión de los recorridos de cada integrante) se definían en forma colectiva como resultado del trabajo en los talleres a partir de la construcción de acuerdos. Sin embargo, la labor cotidiana suponían numerosos cambios sobre la marcha ante la ausencia de algún/a *compañero/a*, equivocaciones en relación con las rutas preestablecidas, etc. Estas cuestiones también eran debatidas en el taller donde se volvían a revisar los acuerdos relacionados y, eventualmente, se reactualizaban o reformulaban según el caso.

¹⁷ La categoría “ganar al vecino” refería al trabajo relacional necesario para involucrar activamente a un hogar determinado en los recorridos, en especial a aquellos que habían demostrado poco interés o directamente se habían negado a participar en un primer momento. Esta elaboración fue producto de discusiones y debates en el taller, y se convirtió en una de las directrices más importantes del trabajo que realizaban en los recorridos. En tal sentido, *ganar un nuevo vecino/a* era tan valorado como traer mucho *material*, siendo ambos indicadores nativos indiscutidos de buen desempeño en el trabajo.

Pino: Cuando Horacio... Horacio tiene 63 años... Vive con su mujer. Dos de sus 6 hijos... que no tienen trabajo y 3 de sus nietos Hace algunos meses se jubiló y es metalúrgico... y trabajó desde chico en su oficio pasando por diferentes fábricas. Como la jubilación no le alcanzaba para mantener a su familia, se puso a buscar trabajo. Cuando se enteró por un folleto de la municipalidad que existía una cooperativa de reciclando de residuos sólidos en su barrio, decidió a ir a ofrecerse para trabajar. Trabajó unos meses, era una persona muy responsable y cumplidora con su trabajo, que nunca llegaba tarde, pero sólo cumplía con la recolección en las casas donde tenían clientes. Y dejó de trabajar cuando consiguió una changa en un taller mecánico... que no duró mucho. Entonces volvió a ofrecerse a la cooperativa.

Luego de leer los perfiles restantes, abrimos el debate en plenario con la consigna de justificar la elección de dos de los cuatro perfiles propuestos para integrarse a la cooperativa. En particular, el caso de Horacio planteó un debate interesante que reponemos en la siguiente transcripción:

Hugo Ch: Una cosa.... para nosotros no nos sirve... el tal Horacio... Porque hay que ir puerta por puerta... todas igual. No sirve... para mí... ¿Se entendió? Todas las puertas hay que golpear... todas... Que es lo que está pasando ahora... todas, todas... Éste para nosotros no nos sirve... ahora lo otro...

Sebastián: ¿Y opinan todos que no les sirve Horacio?

Enrique: Yo voto por Horacio.

Hugo Ch: ¿Eh?

Sebastián: ¿Vota por Horacio? ¿Por qué Enrique, por qué lo vota usted?

Enrique: Porque es un tipo guapo, se decía que le metía en el trabajo...

Hugo Ch: Vos no entendiste nada.

Enrique: Sí, sí, yo te entiendo... Te entiendo, pero...

Hugo Ch: No nos sirve...

Enrique: Para vos... Para mí sí.

Pino: Es un tipo que sabe trabajar...

Hugo Ch: Te está hablando para la cooperativa... no para vos, ni para mí.

Enrique: Sí, sí...

Hugo Ch: ¿Qué buscamos nosotros? Que golpeemos todas las puertas...

Enrique: Sí...

Hugo Ch: Que atiendan a todos los vecinos... Éste no nos sirve

porque tiene sus clientes... Tiene sus clientes y tiene muchas cosas... que nadie... que no lo sabemos nosotros... ¿Está clarito? No puedes estar en una cooperativa y hacer...

Marcelo: También dice que se fue y que ahora volvió...

Hugo Ch: Y pero va a volver y se fue... Va ir y va a venir... si tiene sus clientes... Hay que tomarlo de lado a lado.

Pino: Yo estoy de acuerdo con él... con Enrique.

Hugo Ch: Nosotros estamos yendo... tenemos... yo pienso que queremos que hacer las cosas bien... Pero este tipo para mí no nos sirve... porque tiene sus clientes especiales... Qué sabemos lo que tiene este tipo con la gente... ¿Entienden un poco?

Marcelo: Ahí no dice clientes especiales...

Sebastián: Clientes dice...

Hugo Ch: Tiene sus clientes... Sus clientes... Si yo paso por el recorrido de Enrique... está celoso, pero no son los clientes de Enrique....

Marcelo: Si Hugo pero tampoco hay que personalizar, digo, porque a veces uno... supongamos que esta gente... o sea, para que nosotros podamos tomar la decisión, no le pongamos la cara de nadie...

Hugo Ch: De alguien

Marcelo: Por eso, porque uno le pone la cara de alguien...

Enrique: No hay que personalizar...

Marcelo: Digo, ahí lo que dice es que es un tipo trabajador... que... lo único que hacía era... cuando hacía la recolección iba... a la casa de... algunos... no cumplía con lo que tenía que hacer.

Hugo Ch: Bueno, ahora esperá... Ahora... ¿Ese tipo nos sirve a nosotros?

Marcelo: Por eso te digo, yo creo que en el caso de él, él no cumplía con lo que... tenía que hacer. Pero también tiene, digo...

Hugo Ch: Sus buenas cosas, sí

Marcelo: Cosas buenas que... que... creo que hay que ponerlo en la balanza siempre.

Como evidencia el debate que se da en torno a la figura de Horacio, la clave del ejercicio estaba puesta en que los perfiles representaban situaciones de ambigüedad: en todos los casos, su construcción combinaba una virtud (esfuerzo, compañerismo, ser una persona alegre y vivaz que creaba un buen clima de trabajo) con una debilidad (maltrato, autoritarismo o vagancia). En todos los casos, estas referencias morales recuperaban características que se derivaban de las discusiones y conflictos internos que, en otras ocasiones, habían enfrentado a tal o cual integrante de la cooperativa con otra/o compañera/o a través de acusaciones cruzadas, solo que esta vez estaban depositadas en un *otro* ficcionalizado y moralmente ambiguo. De este modo, al *despersonalizar* la situación de sus protagonistas originales en el espacio del taller podíamos tramitar estos escenarios conflictivos (que hacían a la construcción práctica y cotidiana de la cooperativa) desde un enfoque que evitaba una apelación *sui generis* a aquellos valores morales que, sin duda, resultaban importantes para la construcción del colectivo (solidaridad, equidad, compromiso) pero que podían

estar adheridos de una fuerte carga normativa definida en forma apriorística. Al encarnarlos en un otro ficcionalizado, propiciábamos una reflexión profunda y contradictoria basada en la propia experiencia de las personas que integraban el colectivo, sin correr el riesgo de que la reflexión quedase empantanada en una pelea personal.

Segundo nivel: la categoría compañero como modo de ser en el colectivo

Un segundo nivel complementario en el proceso de construcción del enfoque indica que la cooperativa resultaba de una ardua labor desplegada a nivel de las prácticas cotidianas, en las cuales no sólo se definían *modos de estar* (construcción de acuerdos) sino que, en estrecha relación con estos últimos, también se delineaban *modos de ser* en el colectivo. En parte estas construcciones estaban modeladas por la relación establecida con organismos estatales y ONGs, en tanto el fortalecimiento de una subjetividad "solidaria" representaba una de las metas implícitas de los esfuerzos y recursos *externos* volcados para apoyar esta experiencia¹⁸. Sin embargo, en el día a día se definían *modos de ser* con un sentido más rutinario y cotidiano, anclado en una práctica que suponía compartir semana a semana la jornada de trabajo con otros/as.

El siguiente fragmento se corresponde con el taller del 14 de febrero de 2007 durante el que trabajamos sobre las diferencias entre tres modelos posibles de organización del trabajo de recuperación y reciclado de residuos (privado, cooperativo e individual) a partir de una reconstrucción sostenida en una serie de rasgos estereotipados. Desde esta base propusimos abrir una reflexión sobre las diferencias que podía asumir una sanción frente a un hipotético mal desempeño:

Sebastián: Ya vimos que en el privado la sanción es decisión del jefe... y ¿acá cómo es?

Hugo: Lo decidimos medio entre todos.

Mario: Claro, en el modelo privado si hablás de más te matan, en cambio en el modelo social las reglas las ponemos entre todos, lo vamos aprendiendo

Marcelo: Sí porque, por ejemplo, la primera sanción fue colectiva, pero la implementación fue individual. O sea todos me decían tenés que suspender, tenés que hacer algo, pero el que lo hizo fui yo.

Sebastián: Y ¿después?

Gaby: Después lo decidimos entre todos.

¹⁸ En otro lugar, Careno y Míguez (2010) profundizamos sobre la sociogénesis de la mirada política (y académica) dominante en relación con el "mundo cartonero". En particular, destacamos el peso que tuvieron las primeras interpretaciones elaboradas en torno a la "emergencia" de esta población como característica de la "descomposición social" que eclosionó en la crisis de 2001. Así el "cartonero" encarnaba taxativamente el resultado de profundos procesos de "desafiliación" vinculados al proyecto de reforma neoliberal del estado y la sociedad, generando una subjetividad "individualista" y "competitiva". De allí que la principal orientación de las políticas gubernamentales y no gubernamentales estuvo organizada en torno a fortalecer experiencias asociativas que permitieran fortalecer atributos contrapuestos como "solidaridad" o "compromiso colectivo".

Alberto: Sí pero acá nunca se echó a nadie, que yo sepa.

Miguel: Siempre se da otra oportunidad. Lo que pasa es que a veces uno quiere que el otro se dé cuenta que nos jodemos todos.

Marcelo: Es que más que sancionar lo que se busca es rescatar al compañero, que se avive que se jode él y nos jodemos todos, porque si uno no viene a laburar, ya es otra semana que no podemos ampliar el recorrido o que no terminamos de vender, y entonces es para que se ponga las pilas

Más allá de las diferencias que podían elaborarse a partir de la tipología propuesta, el ejercicio destacaba que el establecimiento de acuerdos, en tanto práctica cotidiana, suponía una manera particular de pensar y elaborar reglas de trabajo que se diferenciaba de principios disciplinarios más bien normativos, basados en el establecimiento de sanciones. Como señala Mario, el “modelo social” se caracteriza por un aprendizaje de la práctica colectiva, por la definición grupal de las reglas de juego, es decir, una experiencia que debe ser progresivamente incorporada en modos de hacer y de pensar que eran definidos a partir del establecimiento de acuerdos.

Como evidencia el intercambio posterior entre Marcelo, Gaby, Alberto y Miguel, a diferencia del sistema reglamento/sanción, el modelo de acuerdos adquiría fundamentalmente un carácter pedagógico y performativo de la práctica a nivel de todo el colectivo. Más allá de la observación de Marcelo respecto de la decisión colectiva/implementación individual, lo que permite reponer este intercambio es que la sanción resulta un hecho relativamente extraordinario que requiere ser ritualizado (en tanto decisión colectiva) en el escenario que proporcionaba el taller. Una sanción puede ser entendida como resultante de la confrontación taxativa de un hecho o conducta determinada con la norma y, en tal sentido, es susceptible de ser arbitrada por aquella persona (en singular) que detente una posición jerárquica que lo habilite a tal efecto. En cambio, la decisión sobre el acuerdo resultaba plural por definición, habilitando una distribución más horizontal del poder de sanción. De allí que Mario restituya la diferencia entre el modelo privado y el cooperativo, a partir de la posibilidad de *hablar*, donde opinar sobre una sanción que toma otro (jefe/ dueño) es, en el primer caso, “hablar de más”. En contraste, el eje de los talleres pasaba por favorecer este ejercicio del habla para desde allí expresar puntos de vista, opiniones e intereses disímiles, aunque más no sea en forma potencial.

Avanzando un poco más en el análisis, podemos señalar que no sólo se trata de hablar, sino que, en el marco de la construcción de un acuerdo, lo que se ponía en juego era *la palabra*. Desde esta idea, en cambio, romper el acuerdo suponía faltar al compromiso de la palabra empeñada y, en tal sentido, poner en duda principios morales ligados a la idea de “compañerismo” y “lealtad”. De allí, la relectura que hace Miguel de la intervención de Alberto: en el contexto de la cooperativa no se trata de “echar a un compañero” como castigo aleccionador sino de darle “otra oportunidad” a quien no entendió el acuerdo, remarcando de este modo el carácter performativo y pedagógico de esta práctica colectiva. Como sintetiza Marcelo en su intervención, se trata de “rescatar al compañero”, hacerle entender el perjuicio colectivo que supone un mal desempeño individual.

Si bien asociado a otros tópicos, los sentidos puestos en juego durante este pequeño fragmento se repetían frecuentemente en otros talleres o, incluso, varias veces en un mismo taller. De allí que sea posible señalar que, en el universo semántico de la cooperativa, la categoría *compañero* encarnaba un conjunto de disposiciones y valores morales movilizados para definir y clasificar a las personas, o más precisamente a sus *modos de ser* en el contexto de construcción cotidiana de la cooperativa, tal como repone Alberto en uno de los talleres que registramos en un documental realizado como parte de nuestro trabajo con "Reciclando Sueños":

Alberto: Acá si las cosas salen mal en Bonzi, salen mal en el galpón, ¿por qué? Porque entra menos mercadería, se gana menos, ¿entendés?... y si sale mal en San Justo... es lo mismo... nosotros ya tenemos el fin, ya tenemos a donde tenemos que apuntar, si nosotros queremos apuntar a que esto sea un servicio, se tiene que acabar el puterío como primera medida. Dejar el run-run y el run-ran... acá tenemos que hablar todo claro, si no hablamos claro no nos vamos a entender, uno va a tirar para acá, el otro va a tirar para allá y esto va a ser un quilombo... (...) Esto es lo que quiero aclarar yo con el asunto del acuerdo... acá tiene que haber un poquito más de lealtad, más de compañerismo, más de todo... (...) yo solo no puedo decidir nada, vos solo tampoco... entonces ¿qué es lo que nos queda? ¡Esto! La herramienta que tenemos para defendernos nosotros es esta, si no la aprovechamos... y acá es donde tenemos que discutir todas las ideas, si está bien o está mal, si la lluvia, si el sol, si el carrito, si esto... ¿me entendés lo que te digo? Que de acá va a salir la solución, no de afuera.¹⁹

A través de este testimonio, Alberto nos recuerda que la categoría *compañero* no resulta definida sólo en términos de su inscripción en una tradición político-ideológica determinada, como en este caso el peronismo. Tampoco representa un *status* que puede adquirirse por la mera auto-adscripción a un colectivo, en este caso la cooperativa. Por el contrario, resulta una categoría relacional derivada del modo por el cual se construyen vínculos con las/os otras/os en el contexto de la práctica cotidiana, por ejemplo "hablando claro" sin "puterío". Por lo tanto, es posible pensar que una persona no *es* *compañero*, sino que *se vuelve* *compañero* en la práctica.

De este modo, la labor realizada en los talleres fue imbricando aspectos más operativos relacionados con las innumerables urgencias que imponía la

¹⁹ El galpón al que se refiere Alberto es una de las locaciones donde se clasifican, acondicionan y procesan *los materiales* recuperados en la recolección diferenciada. La jornada de trabajo se organiza en dos momentos. El primero comprende los recorridos para aprovisionarse de los materiales que luego se transportan al galpón (distante a unos 5 km). Una vez allí, se realiza la clasificación y el procesamiento de lo recuperado en la jornada. A través del siguiente link puede accederse a la visualización del documental *Reciclando Sueños* en versión completa, donde se presentan escenas tanto del proceso de trabajo en forma completa como también imágenes de los talleres de reflexión colectiva: <http://www.youtube.com/watch?v=g1XeJ43dMcc>. Para una descripción detallada del proceso de trabajo, ver Sorroche 2010.

gestión cotidiana de este colectivo, con una complejización creciente en el modo de formular propuestas y consignas, así como de abrir y nutrir reflexiones en este espacio. En forma progresiva fuimos estableciendo un diálogo más estrecho entre el “pensar” y el “hacer” (Greenwood 2000; Graeber 2009). Así, esta experiencia propició en nosotras/os un importante desplazamiento respecto de la orientación que, hasta entonces, habían tenido nuestras trayectorias en el mundo académico. De hecho, muchas/os teníamos o habíamos tenido experiencias anteriores de militancia y de trabajo con organizaciones sociales; sin embargo, en la mayoría de los casos, tanto una como la otra corrían por carriles separados. Podíamos colaborar, activar o intervenir en los problemas sociales como parte más o menos involucrada en determinadas luchas sociales; sin embargo, la producción de categorías y conceptos era una práctica que estaba situada en el espacio académico (por ende, como cualquier campo, organizado según reglas que definen modos legítimos de producción y distribución de conocimiento). Para sintetizar una caracterización, aún a riesgo de simplificarla, podríamos decir que, desde esta perspectiva, los académicos “piensan” mientras que sus eventuales interlocutores/as “hacen”. La diferencia más significativa de nuestra experiencia con “Reciclando Sueños” radica justamente en la posibilidad (necesariamente imperfecta) de tensionar esta relación.

De este modo, nuestra práctica de producción de conocimiento se fue acercando al tipo de situación que, según la antropóloga Joanne Rappaport, se pone en juego en el ejercicio de una antropología colaborativa: “la producción colectiva de vehículos conceptuales que retoman tanto a un cuerpo de teorías antropológicas como a los conceptos desarrollados por nuestros interlocutores” (Rappaport 2007: 204). En efecto, a lo largo de esta experiencia de trabajo conjunta fuimos apropiándonos crecientemente de este sentido dado a la categoría compañero en tanto vehículo conceptual, tal como ocurrió, en sentido inverso, con la categoría acuerdo que propusimos desde nuestra labor de coordinadoras/es de los talleres. Ambas nociones se fueron imbricando y mixturando como categorías de la práctica. Sus sentidos se volvieron más densos y complementarios, haciendo que otras nociones que, en un principio nos parecían insustituibles, como cooperativa, fueran pasando a un segundo plano en lo que hacía al intenso trabajo reflexivo que tenía lugar en los talleres. En un sentido, cooperativa era parte de un lenguaje desde el que se definían y disputaban relaciones con organizaciones gubernamentales y no gubernamentales en el campo de la gestión colectiva del trabajo (Fernández Álvarez 2007), incluyendo las *organizaciones cartoneras* (Carenzo y Fernández Álvarez 2011). De hecho, su empleo en el día a día evidenciaba una significativa pluralidad semiótica: si por momentos vehiculizaba una fuerte carga normativa, su empleo más recurrente refería al habla cotidiana de quienes integraban “Reciclando Sueños” designando una experiencia de trabajo colectiva o incluso, en algunos casos, simplemente una experiencia de trabajo, cuyo sentido colectivo aparecía con el intenso trabajo de discusión y reflexión en los talleres.

Como señalamos anteriormente en el caso de “Reciclando Sueños”, el sentido de cooperativa no se derivaba de la internalización de los principios del cooperativismo, ni mucho menos de su formalización efectiva en términos fiscales y jurídicos, sino de una ardua labor de construcción de vínculos

interpersonales desplegada a nivel de las prácticas cotidianas. En un sentido indexical, esta noción fue adquiriendo profundidad través de su asociación con el binomio acuerdo/compañero, en tanto no sólo definía *modos de estar* (a través de la construcción de acuerdos) sino también modos de ser en el colectivo (volverse compañera/o). Como evidencia Marcelo en el primer fragmento analizado en este apartado, acuerdo excede ampliamente el hecho de la toma de decisiones en forma colectiva, justamente porque destaca el carácter intrínseco de la responsabilidad personal con una práctica supuesta en esa decisión grupal. Del mismo modo, como muestra Alberto en el segundo fragmento analizado, compañero alude a un compromiso de tipo moral que excede por mucho un estándar vinculado al desempeño laboral de cada integrante, lo cual nos interpelaba también a nosotras/os. De este modo, la elaboración colectiva de categorías como compañero y acuerdo permitieron energizar, dotar de relieve y densidad, de forma sumamente vivida y situada, aquellos aspectos tan problemáticos como sustantivos de la experiencia colectiva en curso, que la hipergeneralización de la categoría cooperativa terminaba empobreciendo en forma paradójica.

REFLEXIONES (NECESARIAMENTE) ABIERTAS

Una referencia frecuente en los textos que reflexionan sobre las prácticas de investigación en colaboración o activista es *La Primera Declaración de Barbados: por la liberación de los indígenas*, elaborada en 1971, en tanto ícono de las críticas al modo de producción del conocimiento sobre las poblaciones indígenas desde las ciencias sociales en general y la antropología en particular: la antropología como instrumento de dominación colonial cuya práctica había otorgado racionalidad a la situación de dominación generando un discurso científico tendiente a sostenerla. Según diferentes autores, este documento tenía como propósito descolonizar la producción de conocimiento y, por esta vía, aportar a la liberación de los pueblos indígenas. En relación con este punto, Ch. Hale (2006) señaló las ambivalencias de la producción antropológica posterior (léase principalmente aquella desarrollada en Estados Unidos) en reacción a esta declaración. El autor sostiene que, en lugar de recuperar el "mandato de la investigación activista", las respuestas dieron lugar al desarrollo de la "crítica cultural" que aportó una importante renovación teórica más que metodológica. Aboga en cambio por una práctica que, recuperando supuestos teóricos de esta perspectiva teórica, avance en el desarrollo de una metodología de investigación basada en la afirmación de un "posicionamiento político" con las personas u organizaciones en lucha con las que hacemos etnografía. Así, esta propuesta instala un elemento, a nuestro entender, sumamente rico para reflexionar sobre las características de la investigación con "Reciclado Sueños" y el tipo de conocimiento que esta práctica permite (o, más precisamente, podría permitir) generar.

Siguiendo esta propuesta, en base a nuestra experiencia nos interesa dejar abiertas algunas pistas para repensar no sólo el alcance que el trabajo en colaborador puede tener en términos de productividad teórica sino también

las implicancias epistemológicas de asumir este desafío. En efecto, uno de los principales resultados conceptuales de este trabajo conjunto fue repensar el sentido mismo de la noción de cooperativa a partir de la definición de compañero tal como lo analizamos previamente. Si durante el trabajo en los talleres la noción de cooperativa era para nosotras/os un punto de llegada (más que un requisito formal con atributos definidos *a priori*), aprender y discutir el sentido de la categoría compañero nos permitió comprender que se trata de un constante rehacerse, que no sólo tensiona formas aprendidas de vinculación interpersonal, sino también formas de hacer y ser en el colectivo.

No obstante la productividad teórica que potencialmente puede generar un trabajo de este tipo, nos interesa abrir una segunda reflexión respecto de las implicancias epistemológicas que esta perspectiva puede propiciar para problematizar la relación “investigadores”/“sujetos de investigación”. Nos referimos al potencial para repensar el modo en que conceptualizamos la idea de ‘extrañamiento’, en tanto procedimiento intrínseco al quehacer antropológico y garantía de una “buena” investigación etnográfica. Este procedimiento, que parte de la idea de convertir algo en extraño, tiene a nuestro entender dos aspectos que se presentan como parte de lo mismo y se hace necesario distinguir: supone al mismo tiempo una distancia que podemos llamar “ontológica” entre *nosotras* (investigadoras/es) y *ellos* (sujetos de investigación), que se superpone con una distancia que podemos denominar “metodológica” a partir de la cual es posible desnaturalizar las prácticas sociales para convertirlas en objeto de reflexión. Esta amalgama entre lo que aquí llamamos extrañamiento “ontológico” y “metodológico” conduce necesariamente a establecer una división entre *nosotras/os* (productoras/os de conocimiento) y *ellas/os* (fuente o en el mejor de los casos co-productoras/es de datos). La experiencia analizada en este artículo nos permitió justamente reparar en esta distinción entre este carácter “ontológico” del extrañamiento que establece una distancia (afectiva, política, profesional, etc.) y “metodológico” que habilita la reflexión crítica. En base a este último procedimiento, no sin contradicciones y contramarchas, exploramos un modo de hacer investigación abierto a la posibilidad de una producción teórica compartida, lo cual exige correr el riesgo de asumir cercanías y distancias. En principio, reconocer que nuestra práctica estuvo atravesada por una tensión constante entre fortalecer nuestra carrera como investigadoras/es y atender a las urgencias cotidianas de la cooperativa (a riesgo de perdernos en ellas). En efecto, un dato que permite medir la intensidad de esta tensión está dado por la distancia temporal que medió entre el trabajo en los talleres y la posibilidad de textualizar una reflexión sobre esta experiencia. En segundo lugar, asumir las dificultades de este diálogo que exige exponer nuestras opiniones, concepciones, miradas y confrontarlas con aquellas personas con las que hacemos investigación. Y, sobre todo, que este intercambio no es un debate inmune a las relaciones de poder que estructuran el modo en que, históricamente, se han definido los vínculos entre saberes que, de manera sintética, llamamos “académico” y “de la práctica”, como tampoco a las asimetrías que se desarrollan en espacios colectivos (en principio, entre “dirigentes” y “bases”, a las que debemos agregar aquí también “investigadoras/es”). Esto exige reconocer el carácter colectivo del conocimiento producido y, a la vez, estar permanentemente alerta a capturar los

mecanismos por los cuales ciertas voces permean este proceso de construcción, en particular la nuestra. Se trata en definitiva de asumir las contradicciones inherentes de llevar a la práctica una perspectiva según la cual la producción teórica constituye una "praxis viviente que puede suceder en cualquier lugar y en todas partes" (Commaroff y Commaroff 2013: 87) y no exclusivamente en el ámbito académico.

BIBLIOGRAFÍA

Balbi, F. (2007). *De leales y traidores. Valor moral y concepción política en el peronismo*. Buenos Aires. Editorial Antropofagia.

Bennet, J. W. (1996). Applied and Action Anthropology. Ideological and Conceptual Aspects. *Current Anthropology*, 36, pp. 23-53.

Casas Cortéz, M. (2008). Etnografías made in USA: Rastreado Metodologías Disidentes. Ponencia presentada en XI Congreso de Antropología de España. Donostia.

Carenzo, S. (2011). Desfetichizar para producir valor, refetichizar para producir el colectivo: Cultura material en una cooperativa de "cartoneros" del Gran Buenos Aires. *Horizontes Antropológicos*, Vol. 17, Nro. 36, pp 15-42. UFRGS.

Carenzo S. y Fernández Álvarez, M.I. (2011). La promoción de cooperativas como ejercicio de gubernamentalidad: reflexiones a partir de una experiencia de cartoneros/as en la metrópolis de Buenos Aires. *Argumentos, Estudios críticos de la sociedad*, 65, pp. 171-193.

Carenzo, S. y Miguez, P. (2010). De la atomización al asociativismo: reflexiones en torno a los sentidos de la autogestión en experiencias asociativas desarrolladas por cartoneros/as. Maguaré. *Revista de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia*, N°24, pp 233-263. Bogotá.

Commaroff J. y Commaroff, J. (2013). *Teoría desde el sur. O como los países centrales evolucionan hacia África*. Buenos Aires. Siglo XXI.

Edelman, M. (2009). Synergies and tension between rural social movements and professional researchers. *Journal of peasants studies*, 36, 1, pp. 265-245.

Espinosa, C (2011). Cansadas de ceder. Sentidos de la politización del género en el Espacio de Mujeres de un movimiento piquetero. Contextos. *Revista d'antropologia i investigació social*, 5, pp.46-61

Fals Borda, O. (1987). The application of Participatory Action-Research in Latin America. *International Sociology*, II, 4, pp. 329-347.

Fernández Álvarez, MI (2007). De la recuperación como acción a la recuperación como proceso: prácticas de movilización social y acciones estatales en torno a las recuperaciones de fábricas. *Revista Cuadernos de Antropología Social*, N°25 pp. 89-110. Instituto de Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA.

Fernández Álvarez, M.I. (2010). La gestión de proyectos productivos como forma de militancia. Análisis a partir de una experiencia cooperativa en el Partido de La Matanza. II Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos. Universidad Nacional de Córdoba.

Fild, L. (2008). "Side by Side or Facing One Another": Writing and Collaborative Ethnography in Comparative Perspective. *Collaborative*

Anthropologies, 1, pp. 32-50.

Graeber, D. (2009). Anarchist, academia and de avant garde. En Amstel, R.; Deleon, A.; Fernandez, L. A.; Nocella, J. A.; and D. Shannon (Eds). *Contemporary Anarchist Studies: An Introductory Anthology of Anarchy in the Academy* (pp. 103-112). New York: Routledge.

Greenwood, D. (2000). De la observación a la investigación-acción participativa: una visión crítica de las prácticas antropológicas. *Revista de Antropología Social*, 9, pp.27-49.

Hale, C. R. (2006). Activist Research vs. Cultural Critique: Indigenous Land Rights and the Contradictions of Politically Engaged Anthropology. *Cultural Anthropology*, 21, 1, pp. 96-120.

Hale, C. R. (2002). Does Multiculturalism Menace? Governance, Cultural Rights and the Politics of Identity in Guatemala. *Journal of Latin American Studies*, 34, pp. 485-524.

Jimeno, M. (2008). La vocación crítica de la antropología en Latinoamérica. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 1, pp. 43-65.

Juris, J. (2008). *Networking Futures. The movements against corporate globalization*. Duke University Press.

Lassiter, L.E. (2005). *The Chicago Guide to Collaborative Ethnography*. Chicago University Press.

Leyva Solano, X. y Speed, Sh. (2008). Hacia la investigación descolonizada: nuestra experiencia de co-labor. En Leyva, X. Burguete, A. y Speed, Sh. (coord.), *Gobernar (en) la diversidad: experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor* (pp.15-38). México: CIESAS-FLACSO.

Peirano, M. (2004). A favor de la etnografía. En Alejandro Grimson, Gustavo Lins Ribeiro y Pablo Semán (eds), *La antropología brasileña contemporánea* (pp. 323-356). Buenos Aires: Prometeo.

Rahman, A. y Fals Borda, O. (1989). La situación actual y las perspectivas de IAP en el mundo. *Análisis Político*, 5, pp. 15-20.

Rappaport, J (2008). Beyond Participant Observation: Collaborative Ethnography as Theoretical Innovation. *Collaborative Anthropologies*, 1, pp. 1-31.

Rappaport, J. (2007). Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, pp. 197-229.

Rockwell, E. (1987). Reflexiones sobre el proceso etnográfico (1982-1987). *Boletín del Departamento de Investigaciones Educativas*. México: Centros de Investigaciones y de Estudios Avanzados del IPN.

Sorroche, S. (2010). Apuntes para una etnografía de las conexiones: Análisis de una cooperativa de cartoneros. Tesis Licenciatura en Antropología Social – Carrera de Antropología Social, FFyL-UBA, Buenos Aires. Mimeo.

Speed, S. (2006). Entre la antropología y los derechos humanos hacia una investigación activista y comprometida críticamente. *Alteridades*, 16, 31, pp. 73-85.

Tax, S. (1992). Antropología-acción. En Salazar, M. C. (ed.), *La Investigación acción participativa. Inicios y desarrollos* (pp. 24-38). Madrid: Editorial Humanitas – OEI Quinto Centenario.

Weaver, T. (2002). The Malinowski Award and the History of Applied Anthropology. En Weaver, T. (ed.), *The Dynamics of Applied Anthropology in the Twentieth Century: The Malinowski Award Papers* (pp. 1-13). Oklahoma: Society for Applied Anthropology.

DOCUMENTOS ELECTRÓNICOS:

Red Latinoamericana de Recicladores. 2008. Declaración III Congreso Latinoamericano de Recicladores (Bogotá, Colombia - 2008). En <http://www.redrecicladores.net/documentos/iii-congreso-latinoamericano-de-recicladores-de-residuos>. Consultado el 5 de agosto de 2012.

